



Manifestación en París en contra del atentado del 7 de enero de 2015.

FOTO: AFP

El después del “yo soy Charlie”

Philippe Lançon, superviviente del ataque terrorista del 7 de enero de 2015 en Charlie Hebdo -París-, relata el proceso de metamorfosis física, moral y personal vivido desde entonces en un libro a medio camino entre el dietario, la crónica y el ensayo.

Título:

El colgajo

Autor: Philippe Lançon

Editorial: Anagrama

Precio: 21,90€

ALAN SALVADÓ

No es azaroso que Kafka y Proust aparezcan a menudo a lo largo de las páginas de ‘El colgajo’. El libro del periodista del diario ‘Libération’ y colaborador de ‘Charlie Hebdo’, Philippe Lançon, relata una lenta “metamorfosis” —el doloroso proceso de reconstrucción de su rostro desfigurado— en paralelo a una “búsqueda de un tiempo perdido” —el pasado anterior al atentado como la única huella de un yo que ya no existe ni existirá jamás—. El Lançon de antes de la masacre y el Lançon de después son dos personas distintas. El agujero negro en el rostro —producido por una bala perdida— no solo es la manifestación física de este cambio sino también la figuración del túnel a través del cual se adentra el ser humano cuando es testigo en primera persona de la barbarie. De ahí que el libro se inicie con el recuerdo de la noche anterior al atentado, como un primer gesto de reconstrucción de un naufragio, donde las horas antes de caer en el infierno son la única y vaga certificación de una vida anterior que parece haber sido vivida por otro. La estremecedora crónica de Lançon es todo lo contrario de los relatos de superación. El autor deja de lado la virtud del esfuerzo

y la lucha contra el dolor para focalizarse en el relato del nacimiento de una nueva mirada a la realidad, una vez se ha estado muerto durante unos minutos eternos. Una mirada que empieza a construirse entre las cuatro paredes de una aséptica habitación de hospital mediante la ayuda de múltiples rostros de enfermeras, doctores y, especialmente, la cirujana, que de pronto se convierten en el núcleo más íntimo y vital de Lançon. El cuerpo, y sus liturgias de cuidado, como único mundo existente que cohabita con el recuerdo de situaciones profesionales y personales vividas que adquieren otro sentido bajo esta nueva mirada. Así, por ejemplo, la experiencia de corresponsal en Bagdad en los años 90 se revela en el presente, como si a miles de kilómetros de distancia, en París, hubiera tenido continuidad aquello que durante más de veinte años había permanecido fuera de campo. Esta yuxtaposición de tiempos explica también la transformación de las relaciones afectivas de Lançon con su familia, sus amigos, su pareja y exparejas. En esta nueva vida ligada a cosas tan banales como la buena colocación de los apósitos alrededor de la herida o al recorrido diario del pasillo del hospital, gente que permanecía lejos del autor se vuelve más cercana y necesaria al mismo tiempo que otra se aleja de forma inexorable. El atentado no solo transforma a Philippe Lançon sino también a todo el microcosmos que lo rodeaba. Mientras el mundo exterior era Charlie, Lançon se convertía en otro.